UN TESTIGO DEL DESCUBRIMIENTO DE PUERTO RICO

de Antonio Pagán

(Un turista americano, Mr. Chandler, que aporrea malamente el español; un guía de turistas; un muchacho; Don Trifón. Aparecen el turista y el guía, el sitio es indiferente. El turista debe vestir como tal, y el guía de turistas debe tener en la gorra un rótulo significativo de su oficio.)

Mr. Chandler.- Yo querer que usted me lleva a sitio donde desembarca Colón en Puerto Rico. Mi estar mucho interesado en cuestiones históricas.

El Guía.- Bueno, Mr. Chandler, a la verdad que en este asunto hay alguna confusión, porque, según unos historiadores, desembarcó en la desembocadura del Río Culebrinas, y, según otros, muy documentados, por cierto, el desembarco se efectuó en la bahía del Boquerón, en la costa sudoeste de la isla. ¿A cuál de los dos sitios quiere que lo lleve?

Mr. Chandler.- Ah! ¿Ustedes también tener doble…? Yo ir a Santo Domingo y ver allí güesamenta de Colón en la Catedral y yo mismo ver en Sevilla año pasada otra esqueleta de Colón también. ¿Cómo puede ser esto?

El Guía.- Será que, tal vez el que desembarcó por los pozos de la Aguada fue el que dejó el esqueleto en Santo Domingo, y el que lo hizo por el Boquerón, se tomó el trabajo de llevar sus canillas a España.

Mr. Chandler.- ¡Buena descubrimienta! ¿No habrá persona por ahí que pueda explicar eso mejor?

El Guía.- ¡Cómo no! Yo tengo un tío muy viejo que sabe todo eso de memoria. ¡Como que el muy salao se quiso ir de polizón en la Niña!

Mr. Chandler.- Mi querer ver viejo ese. ¿Habla englés él…?

El guía.- Que yo sepa, él ha arado mucho con arados ingleses, pero no le garantizo que conozca el juachusé. Ya que usted está tan interesado, voy a mandar por él. (*Llamando en alta voz*) Periquito… Periquito… Ven acá. (*Periquito entra*) Vé a donde tío Trifón y le dices que venga acá. Que lo necesito urgentemente. (*Al oído de Periquito*) Dile que le puede sacar algo a este yankirule. (*Periquito asiente con la cabeza y sale.*)

Mr. Chandler.- Mi estar encantado isla. Porto Rico mucho bonita.

El Guía.- Oiga, Míster, en lo que viene el tío Trifón podemos ir por ahí viendo algunas cosas.

Mr. Chandler.- Yo interesar más que nada en asunto descubrimienta. Mi pensar escribir un libro sobre eso.

(*Llega Don Trifón*)

El Guía.- Aquí ha llegado mi tío Trifón, míster. Usted verá lo mucho que sabe él de esas cosas.

Don Trifón.- Buenas tardes, señores. Por poco el reumatismo no me deja venir. Y que no me valen de nada ninguno de los remedios que me hace Eustaquia.

Mr. Chandler.- *(Al viejo)* ¿Usted saber mocho de la descubrimiento de Porto Rico, señor?

Don Trifón.- ¿Qué si sé, míster…? ¡En todo esto no hay otro…! El que te diga que se acuerda tan bien como yo, le miente. Figúrese que Colón estuvo en casa, yo era bastante grandecito, pero como se presentó vestido de indio, papá se llenó de coraje y lo echó en mala hora porque en la casa había mujeres…

Mr. Chandler.- Viejito, tú querer dar coba a mí. No decir tanto embuste.

El Guía.- ¡Pues mire! míster, él está diciéndole la verdad.

Don Trifón.- Oiga esto… Yo era un muchacho muy vivo ¡ejem! Y hasta me quise ir con él y su gente en la Niña, pero me sorprendieron a bordo mirando por el ojo de la cerradura del camarote en donde llevaban encerradas unas indias, buenas hembras ellas, y por poco me hace ahogarme. Precisamente cuando iban a darme el gole gole, de casa, que ya me habían echado de menos, estaban mirando con unos anteojos para la embarcación y, al darse cuenta de mis apuros que le transmití por medio de señales, mi hermano mayor, que tenía una lanchita de motor, vino y me salvó precisamente cuando ya un tiburón escrofuloso, lleno de tiña y mal intencionado, abría la boca para darme la primera dentellada. Aquello fué terrible…

Mr. Chandler.- ¡Oh…! Tú ser viejo embustero.

Don Trifón.- ¡Aguante un poco! Usted verá. Al volver a tierra, recluté un regimiento de indias bravas, de las que comían gente, proponiéndome con ellas rescatar a las pobrecitas indias que iban encerradas en la Niña y hacerle pagar bien cara al Gran Almirante su osadía de pretender echarme al agua! Seguimos por la orilla mientras una "tribuná" echó nuevamente las naves a la costa. Al verme con aquel refuerzo, que era para hacer capitular a cualesquiera, la Niña cerró los ojos y viró la cara; la Pinta alzó el rabo y desapareció, y la Santa María se puso a rezar, llamando a sus otras diez mil novecientas noventinueve compañeras. Y, ¡claro! yo me aproveché entonces y hasta la carne mangurrera que llevaban a bordo me traje para tierra. Después supe que una de mis indias se había comido a Don Cristóbal en salsa perdiz y que, para que desde Santo Domingo transmitieran la noticia por radio de onda corta, le mandó los huesos por aeroplano a Lilí, que era entonces el que allí picaba el bacalao, y él los hizo poner en una urna en la Catedral.

Mr. Chandler.- Gordeme con el viejo embustero! (*Riéndose*) Dime, viejito, ¿cómo ser lo cuento del Colón que está en Sevilla? Tú tener mucha imaginación y debes saberlo.

Don Trifón.- A la verdad, míster, que ese que se llevaron amarrado para España yo apenas lo conocí. Eso sí, llevábamos amistad. No sé quién diablos le enteró de mi vida. Y se me apareció un día a casa a saludarme. Entonces supe por él mismo que un tal Bocadillo o Bobadilla, no recuerdo bien, estaba preparándose para atarrayarlo, porque Juanito Ponce de León, que en gloria esté y que mis palabras no le ofendan, que a la sazón probaba suerte en una siembra de alcaparras cerca de San Juan después de haber pasado unos meses comiendo burgaos y langostas en Florida, lo había indispuesto con él, que a la sazón era el que se le quedaba con todo a los dominicanos y tenía una empresa de guaguas desde la Capital hasta Puerto Plata.

Mr. Chandler.- Mi necesitar taquígrafa para tomar notas.

Don Trifón.- Ahora que, a decir verdad, todo ese embrujo surgió de la venta de una yegua. Sí señor. El Colón ese, que era más aguzao de lo que a primera vista parece, le vendió una yegua a Bobadilla para repartir pan en Barahona, con la garantía de que en vez de relinchar, se reía como algunos cristianos. Y como la yegua lo que supo un día fué solamente relinchar como cuadra a la esquina jerarquía, él quiso devolvérsela. Pero Colón, que era hombre de mucha trastienda, trajo a presencia del arrogante mandatorio a una parienta suya, de Colón, por supuesto, le hizo cosquillas en la nariz con un pedacito de papel, y al oírla escandalizar más que la bestia, Bobadilla tuvo que optar por quedarse con el animal. Y el enojo que le causó el caso, que no lo dejaba comer ni dormir, hizo alquilar a cuatro foragidos que se habían fugado de la Isla del Diablo sin llenar los papeles de aduana, y estos amarraron con cadenas y mandaron a España al pobrecito Cristóbal, que tanta falta le hizo después a una gumarra que dejó por acá perdida por él.

Mr. Chandler.- Mi querer escribir un libro con esos datos, viejito. Venga mañana jotel voy a pagar mucho dinero. Mucha cabeza, viejito, mucha cabeza. Ya sabes, te espero jotel. (*Se marcha*)

Don Trifón.- A la verdad que esos yankirules conocen al que sabe, porque lo que es en historia, ¡me pierdo de vista…!

TELON